

098. La Autoridad

Un protestante, convertido al catolicismo, decía con sentido de humor y con mucha verdad, porque lo sabía muy bien: *-Si en la Iglesia no hubiera más que dos católicos, uno de ellos tendría que ser Papa.*

Nosotros podemos comentar, y añadir: *-Y si en la nación no hubiera más que dos ciudadanos, uno de ellos tendría que ser Presidente.*

Todavía completaríamos todo: *-Y si en el mundo no hubiera más que un hombre, como Adán en el paraíso antes de que le sacaran la costilla, sobre el hombre solitario estaría Dios como gobernante.*

Entre broma y serio, queremos decir: Dios, muy sabiamente, es autoridad y ha establecido la autoridad en las relaciones humanas. Sin autoridad, se desploma toda convivencia; con autoridad, todo marcha sobre ruedas...

El Catecismo de la Iglesia Católica lo enseña con estas palabras: *-Toda comunidad humana necesita una autoridad que la rija. Ésta tiene su fundamento en la naturaleza humana. Es necesaria para la unidad de la sociedad. Su misión consiste en asegurar en cuanto sea posible el bien común de la sociedad.*

Y formula lo más importante de todo, cuando añade: *-La autoridad exigida por el orden moral emana de Dios.*

¿Es un capricho de la Iglesia el asegurar todo esto sobre la autoridad? No. Porque todo está tomado de la Palabra de Dios por San Pablo: *“Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen, por Dios han sido constituidas. De modo que, quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden divino, y los rebeldes se atraerán sobre sí mismos la condenación”* (1898-1899)

Jesús ha vivido y conocido por experiencia lo que es ser obediente a la autoridad. Cuando dice a los fariseos: *“Dad al César lo que es del César”*, reconoce la autoridad del emperador. Cuando le avisa serio a Pilato: *“No tendrías autoridad sobre mí si no te hubiera sido dada de más arriba”*, se declara a Sí mismo sujeto a la autoridad humana del gobernador, a la vez que le deja ver claro al gobernador que debe mandar rectamente y con justicia

Lo que nosotros sabemos por ser Palabra de Dios, lo han entendido rectamente todos los pueblos, cristianos lo mismo que paganos.

¿El caso de un pagano?... En la antigüedad griega, un soldado oye en medio del fragor de la batalla el sonar de la trompeta que llama a retirada, cuando él estaba ya a punto de descargar la espada sobre la cabeza de un enemigo. Detiene el golpe, y marcha a retaguardia. Sorprendidos los compañeros de armas, le preguntan: *-Pero, ¿cómo has hecho eso? ¿Cómo has podido dejar escapar con vida al enemigo que tenías en las manos?* Y el soldado, con la mayor convicción y orgulloso de haber cumplido con su deber, responde: *-Porque es preferible obedecer la voz del jefe antes que liquidar a un enemigo.*

Dentro del mundo gentil, esto era la conciencia recta del respeto y sumisión que merece la autoridad.

Pasamos a nuestro mundo cristiano, para ver a otro soldado, marinero, en nuestros mismos días, durante una espantosa guerra civil. Caído el barco en manos enemigas, los

marxistas liquidan a la tripulación. Separado un comandante con su asistente, un maquinista, el jefe no quiere ningún tratamiento especial:

- *¡Por favor!, trátame con naturalidad, y de compañero a compañero, porque todos somos iguales ante Dios.*

Y el subalterno, soldado de mucha fe: *-Sí, mi comandante; somos iguales ante Dios y dentro de muy poco vamos a estar en el Cielo donde nos trataremos de tú a tú. Pero aquí, todavía sigue usted siendo mi jefe.*

Esto es la vivencia cristiana de la autoridad, puesta al frente de nosotros por el mismo Dios.

Ante esta doctrina y esta convicción, ¿cómo juzgamos nuestras actitudes ante la autoridad que nos gobierna? ¿Son verdaderamente cristianas? No podemos dudar de que el mundo aspira a la libertad, y todos nosotros, por instinto casi, tendemos a rebelarnos contra cualquiera que nos pretenda mandar.

Aquí, como en muchos aspectos de la vida, se necesita vivir de la fe, tanto en la sociedad religiosa como en la civil. En la religiosa resulta más fácil para un cristiano, pues conoce muy bien la palabra de Jesús a Pedro y a los Apóstoles, y en ellos a sus sucesores el Papa y los Obispos: *Enseñad a cumplir lo que yo he mandado...* Y a su Vicario en particular: *Lo que ates o desates en la tierra, atado o desatado queda en el Cielo...* La obediencia en la Iglesia no resulta tan difícil.

En la obediencia civil tenemos la piedra de toque para nuestra fe. Y en qué consista esa fe y esa obediencia está muy claro en la doctrina de la Iglesia: llega a todo lo legislado legítimamente, mientras no se oponga lo que se nos manda por la ley de Dios o por la ley natural, que viene del mismo Dios.

Como no hay autoridad que no venga de Dios, los que mandan no son sino vicarios o vicegerentes de Dios. Si hacen sus veces, lo tienen que hacer como lo haría el mismo Dios. ¿Cabe en ellos el abuso del poder, cabe la corrupción?...

Se cuenta del emperador Carlos V, gran cristiano como tan gran gobernante. Se fue una vez a confesar, lo hace con toda humildad, y declarados sus pecados, el sacerdote le dice con respeto pero con severidad también: *-Hasta aquí, los pecados de Carlos; ahora, diga los pecados del rey.* Y el rey lo contaba después con admiración. Porque sabía sacar una consecuencia tan clara y legítima como ésta: *-Debo mandar como mandarían Dios, puesto que se me obedece a mí como al mismo Dios...*

Una enseñanza del Catecismo como ésta, nos gustará o no nos gustará, porque el sentimiento de la independencia lo llevamos muy metido dentro. Pero una cosa habremos de preguntarnos con lealtad: *-¿Qué sería de la sociedad, religiosa como civil, sin una autoridad competente?...*